Luisa Portilla Durand. Léxico peruano. Español de Lima. Lima, Academia Peruana de la Lengua-Universidad de San Martín de Porres, 2008.

Aunque son frecuentes los estudios sobre léxico popular o léxico coloquial, no ha sido muy habitual que se havan hecho con criterios tan rigurosos como los que vemos en este breve, aunque bien seleccionado compendio. Rescata la autora voces comunes en el habla de Lima, con independencia de que se trate de términos del español general o del propio v exclusivo del habla limeña. Lo importante aguí es el punto de vista semántico que ha tomado la autora como criterio: no tanto la palabra "física", como las notas o rasgos que añaden las acepciones locales. Repasando este trabajo de Luisa Portilla, se siente la caricia y la frescura de un idioma que se resiste a quedar atrapado entre las redes arcaizantes de los diccionarios. Por eso hay que estimular y agradecer la elaboración de trabajos como éste acerca de las formas vivas del habla de cada pueblo. como se ha hecho aquí con esa selección del llamativo vocabulario de Lima. Creo que debe emprenderse seriamente el estudio completo de las hablas peruanas, para descubrir las raíces más íntimas de este pueblo. Porque un pueblo es su lengua, y de su lengua brota su literatura y su pensamiento: la nacionalidad se construve siempre sobre la lengua. Por la lengua escrita, sabemos de Grecia gracias a Homero; de la latina, gracias a Horacio o a Cicerón; de la española clásica, gracias a Cervantes o a Manrique; de las formas modernas de las variedades peruanas, gracias a Vallejo, a Arguedas, o a Vargas Llosa, sin olvidar las aportaciones rebosantes de esa lengua viva popular de Oswaldo Reynoso, con sus novelas urbanas, entre las que luce una novela-poema tan llamativa como Los inocentes, en la que bulle ese vocabulario vivo y a veces recién nacido en el que se va formando la personalidad de una literatura criolla perfectamente caracterizada. No se trata ahora de los usos ya fijados por los diccionarios, sino de esos valores coloquiales en que proliferan la invención o la creación de nuevos sentidos que están llamados a contribuir a la evolución de nuestra lengua en todos sus niveles.

Pero no se pretende dejar de lado la lengua escrita o culta. Si tenemos hoy una lengua común para todas las comunidades de origen hispánico es porque en la retaguardia ha estado siempre la lengua escrita, conservadora por naturaleza. No debemos olvidar el importantísimo papel de las variedades locales. Gracias a americanos como Bello o Cuervo, el español de América no se ha divorciado tanto de su origen castellano como para que no podamos leer todavía, en Perú o en México, por ejemplo, el *Quijote*, el *Pedro Páramo*, de Juan Rulfo, o los complejísimos poemas en prosa de César Vallejo. Sin el freno de la lengua escrita y, al mismo tiempo, sin el acicate de la hablada, no existiría ya una literatura hispánica coherente capaz de reunir cientos de millones de seres humanos en un solo espíritu, juntando lo común con lo diferencial.

Este Léxico peruano es una muestra de lo que podrán hacer los investigadores peruanos que pongan todo su empeño en este trabajo, sin dejarse seducir por las modas, siempre cambiantes, que circulan por el territorio actual de la Lingüística. Me parece de una importancia suma este libro, porque, tras él, vendrán nuevos estudios de mano de los lingüistas peruanos que se animen a dar a conocer las características de su personalidad lingüística. Porque la dialectología de una lengua, el estudio de sus variedades, sólo pueden hacerlo de manera fiable los que la usan nativamente. Creo que debemos animar a los investigadores peruanos a lanzarse de una vez sobre ese tremendo tesoro idiomático que esconde su tierra, sin dejar que se pierdan los frutos del espíritu popular que ha forjado su propia personalidad idiomática.

Palabras que ya se usaban en el español general toman aquí, como pasa en otras partes, nuevos sentidos y usos siempre nuevos, valores propios y bien diferenciados. Aparecen aquí muchas palabras totalmente vivas que más de un purista borraría de los diccionarios sin saber que el lenguaje nace en las capas más olvidadas y más descuidadas de las sociedades humanas. El castellano, como todos sabemos, no deriva del latín de Cicerón ni del de Tácito, sino del que hablaban los legionarios romanos analfabetos o incultos. Por eso no deja de llamar la atención cómo palabras de uso habitual agregan aquí nuevos valores, como sucede, por ejemplo, con *talán*, en "pasar el talán" o con *asar*, en "pobladores

cajachos se asan con oficial abusivo", acercándose a los sentidos que posee enojar. Es también lo que sucede con ese cordial chaturri, donde un español usaría chato sin posibilidad de expresar la misma idea, matiz o sentimiento. Ese tener calle que se recoge aquí también es una verdadera "creación" que se descubre en ese ejemplo que recoge la autora: "los taxistas de Alemania a veces pareciera que fueron criados en un barrio bravo de Lima. Todos tienen mucha calle; exhiben la viveza criolla cada vez que hacen una carrera". Para mí, por ejemplo, es conocido ese chotear, con sus derivados normales, pero con un valor semántico distinto del que encontramos en Lima, donde equivale a 'rechazar', mientras que en mi variedad lingüística regional es 'hacer burla, tratar con desconsideración'. Se trata, en realidad, de dos variantes semánticas del mismo significado de base, a pesar de lo cual los españoles que usamos esa palabra no habríamos sabido emplearla en un contexto como el que recoge Luisa Portilla en "plomea a gila que lo choteó", pese a la proximidad referencial entre el uso limeño y el de las hablas de mi tierra, donde se diría, por ejemplo, "chotearon al profesor" o "se chotearon del profesor", para significar que se burlaron de él sin piedad. Un español, por otra parte, no entendería ese chupar que encontramos en este Léxico, con el sentido de 'acobardarse, tener miedo', como en el ejemplo que recoge la autora: "Vidaurre no se chupa con imitación a presidente veneco"; es decir, un 'no se asusta' visto desde un sentido idiomático diferente, como reducción o disminución. Y nadie entendería en mi tierra, si no meditara bien en ello, una expresión como esta que se cita en el libro: "los comechados deben comenzar a abrir los ojos y a ver la crisis en su real dimensión...". El lingüista, sin embargo, debe ser capaz de descubrir la sencillez y naturalidad de este comechado, que no está en el DRAE y que encierra una metáfora muy simple: 'come echado', es decir, cobrando sin trabajar. Yo siempre recomiendo a los poetas que conozco que estudien las hablas de la calle, tan desconsideradas con la norma culta, porque representan siempre un rico compendio de creaciones idiomáticas, nacidas justamente de la capacidad metafórica de las lenguas naturales. Y, en este sentido, me parece una verdadera joya ese tarjetazo, en este otro ejemplo citado en el libro de Luisa Portilla: "ante el temor de que en un segundo gobierno del aprismo se repita el copamiento del Estado por el APRA y se instaure el tarjetazo para trabajar en el Sector Público...". Es algo que me ha hecho mucha gracia sin

conocer previamente la palabra, porque en las lenguas, todo es siempre previsible: no entenderlo significa carecer de la capacidad necesaria para comprender el lenguaje metafórico, que es también, al fin y al cabo, el de la poesía. Y termino con el ejemplo de una palabra que se hizo popular en mi tierra hace muchos años, aunque con un sentido totalmente diferente. Los ejemplos de su uso, citados en este Léxico tienen un sentido sexual clarísimo, diferente del de broma o burla con el que conocía yo la palabra en mi tierra: "Pochita dice que Mercedes y Farid tuvieron su vacilón". De todas formas, puesto ante el ejemplo, estoy seguro de que las personas inteligentes lo entenderían fácilmente, porque el idioma no se guía por la lógica vulgar, sino por el instinto lingüístico. Las palabras, como bien enseñó Saussure, no son los nombres de las cosas. Por eso estamos siempre ante la misma lengua y ante su variación constante. Y no hay que olvidar que la variación exige inteligencia para ser asumida y comprendida y, sobre todo, para no ser rechazada arbitrariamente. Si no asumiéramos de manera plena la variedad peruana terminarían resultando incomprensibles autores tan complejos como ese poeta universal que es, sin lugar a dudas, el gran César Vallejo. (Ramón Trujillo Carreño)